

MISTERIO MARROQUÍ: VESTIGIOS DE UNOS MOROS DE TETUÁN EN PUEBLA

Lilia Granillo Vázquez

LUIS González Obregón dedicó buena parte de su vida y de su fortuna a coleccionar documentos históricos mexicanos. Al respecto se cuenta una anécdota muy reveladora. Era tal la afición del historiador por allegarse fuentes documentales, que durante los enfrentamientos de la Revolución que le tocó vivir solía deambular por las calles de la ciudad despegando, para su archivo, proclamas y bandos de los diferentes grupos. Todo ello incluso en medio de las balas y con peligro de su vida y de la del criado o amigo que lo acompañaba. Para fortuna nuestra, ese afán se constituyó en una colección que actualmente forma parte del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia.

Los manuscritos e impresos, folletos y hojas volantes de la *Colección González Obregón*, incluyen documentos de los más diversos temas que, por su disposición en volúmenes con guía cronológica, son testimonios de la historia, manifestaciones de muchas épocas, del tipo de registro de los que Marc Bloch² consideraba primordiales para "todo conocimiento de la humanidad". Más aún: muchos de esos docu-

mentos pertenecen a las llamadas "fuentes narrativas", es decir "relatos deliberadamente dedicados a la información de los lectores", utilísimos en el taller del historiador.

El volumen que recoge documentos de los años 1808-1812³ abunda en fuentes narrativas sobre la conquista napoleónica de España, acontecimiento que se inscribe en la primera época (de finales del siglo XVIII a 1833) de este Seminario sobre el impacto de la Ilustración y la Revolución Francesa en la vida de México.⁴ Conquista que sacudió, sin precedentes, la vida colonial y que significó para la Nueva España la apertura de una de las tres rutas que siguió la Independencia de México: el camino "de las argucias legales utilizado en 1808",⁵ camino que se siguió como principal hasta 1810, cuando fue abandonado por el de la acción directa de la guerra de liberación.

Ese volumen conserva, para el lector actual, las voces de cuatro años de intensas manifestaciones producidas en uno y otro lados del Atlántico ante la cesión de los derechos borbónicos en favor de Napoleón. Se encuentra ahí registro del clamor por el desconocimiento de Fernando VII como rey de España; de las exhortaciones patrióticas y la argumentación legal para el levantamiento del pueblo español, y de las noticias sobre la constitución de las Juntas Españolas de Defensa. Hay, incluso, memoria de los milagros que se produjeron cuando la resistencia aragonesa hizo frente al ataque francés. Con los ecos europeos coexisten, resguardadas, las voces de la Nueva España: el júbilo poético de un habitante de Xalapa "por las provincias de España sublevadas", la proclama de una "fiel havanera" (*sic*) que quisiera "atravesar los mares con la velocidad de la saeta disparada del arco, subir hasta el infame trono de Napoleón... y gritar a Fernando, a la España, a la Francia, al mundo entero: respirad, ya estáis libres: las esforzadas Havaneras han purgado la tierra de vestigios".⁶ Ahí también se halla constancia de las voces "oficiales": las cartas pastorales e instrucciones de arzobispos y virre-

yes a los "fieles súbditos sobre la falsedad de las promesas de Napoleón y su hermano Josef".

El volumen reúne, pues, toda suerte de escritos sobre el efecto de la avanzada napoleónica en España. En su mayoría se trata de panfletos y folletos, algunos provenientes de Madrid y reimpresos en la ciudad de México o en Puebla; otros enteramente originarios de la Nueva España. Pero a todos es común la intensa expresividad que descubre la intención de que los mensajes circularan afanosamente entre los lectores de entonces. Tal vez habría que reconsiderar los términos de la comunicación social entre los novohispanos, o al menos los años de lo que José María Muriá ha dado en llamar la "edad de la folletería" (para Muriá, de 1823 a 1860, la época posterior a la consumación de la Independencia), o el calificativo de "austeridad casi monotemática de los textos impresos durante la época colo-

nial".⁷ Acaso pueda decirse que el efecto de lo francés fue tal que obligó al último reduto de la sociedad colonial a hacer de lado la pasividad y la parsimonia que tradicionalmente hemos creído que la caracterizaba.

Entre la folletería del volumen de marras destaca una hoja volante que se singulariza por lo insólito de su procedencia. De tema similar y cargado de un dramatismo semejante al de la "Proclama de una fiel havanera", o al de la "Exclamación de Fernando VII. Consuelos de su hermano Carlos", la "Proclama de los moros de Tetuán" es el único folleto de filiación extranjera, no hispánica. No sólo en esto radica su singularidad.

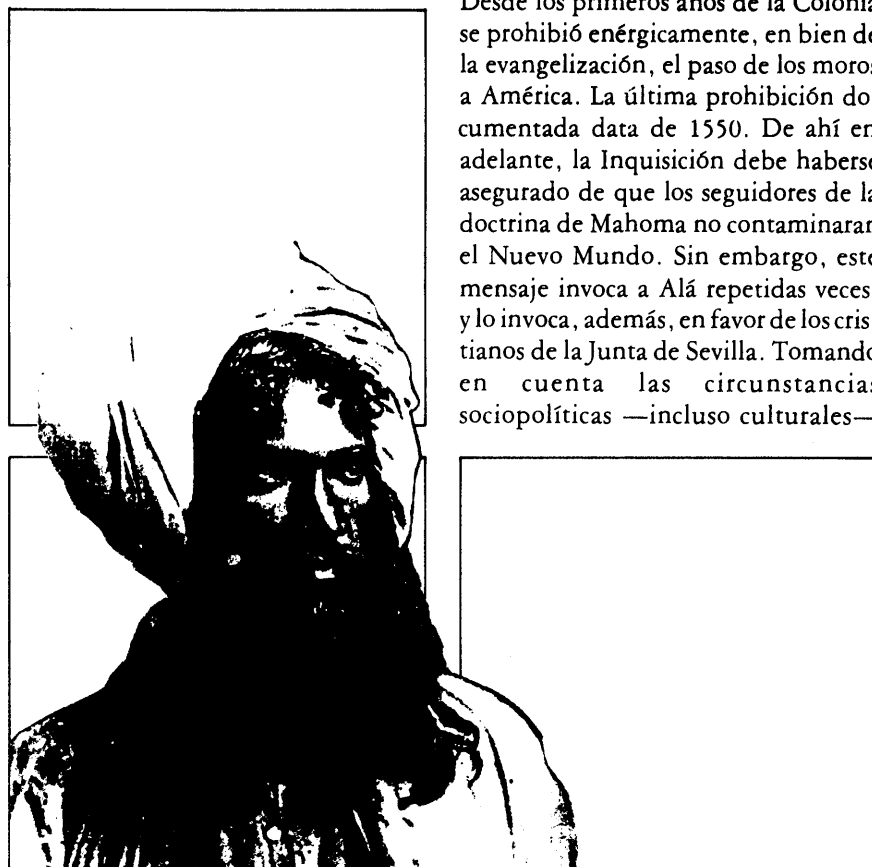
Resulta insólito que un texto escrito por "moros",⁸ producido en Marruecos en 1808, se publique y se divulgue con diferencia de meses, acaso de semanas, en tierras americanas, específicamente en la muy conservadora y católica Puebla de los Angeles. Desde los primeros años de la Colonia se prohibió enérgicamente, en bien de la evangelización, el paso de los moros a América. La última prohibición documentada data de 1550. De ahí en adelante, la Inquisición debe haberse asegurado de que los seguidores de la doctrina de Mahoma no contaminaran el Nuevo Mundo. Sin embargo, este mensaje invoca a Alá repetidas veces, y lo invoca, además, en favor de los cristianos de la Junta de Sevilla. Tomando en cuenta las circunstancias sociopolíticas —incluso culturales—

de la Nueva España, lo limitado de la comunicación social y las restricciones a las imprentas, resulta un auténtico misterio, algo increíble, que se haya reimpreso este volante en México. ¿Acaso un mahometano? ¿Un grupo de moros en Puebla? ¿Se tramaba una incursión de Oriente en Occidente?

A primera vista podría pensarse que tal mensaje no existió. Una de las maneras más fáciles de aclarar el enigma sería descalificar el documento tachándolo de falso, de producto de la imaginación o del ocio de un novohispano. La tentación es grande. El sentido común nos advierte contra la simpleza de considerarlo una falsificación. ¿Quién produciría una invención así? Las falsificaciones históricas y artísticas tienen como móvil principal el lucro. ¿Compraría algo así González Obregón? Por lo demás, nada ganaría con ello el estudio de la historia de México, estudio que, dicho sea de pasó, a veces es negligente con las fuentes narrativas.

Con el fin de arrojar luz, aunque sea hipotéticamente, sobre el misterio tras la presencia de esa hoja volante en Puebla, hay que partir del principio de que se trata de un documento auténtico, de una verdadera fuente narrativa, y no de una falsificación ni de una invención. Valga decir que no hemos logrado encontrar más documentos de mahometanos del siglo XIX mexicano, luego de una búsqueda minuciosa, aunque nunca exhaustiva, de varios archivos y bibliotecas, y de consultar a algunos especialistas. Como carecemos de antecedentes, podemos recurrir al análisis del discurso evidente en el documento mismo, considerando las señas de identidad, la estructura del mensaje, los rasgos morfosintácticos y léxicos, el contexto de producción y de emisión y demás elementos significativos que constituyen las fuentes de información y, por ende, las únicas pruebas con que contamos para esclarecer este misterio marroquí.

Además, será necesario ubicar el contexto histórico que rodea al mensa-



je y descubrir la intención de los emisores y divulgadores. Ello nos acercará al origen del discurso y a cerciorarnos de su veracidad. Si demostramos que existió un contexto histórico ("el móvil", como dirían los investigadores privados) para el mensaje enviado desde Tetuán a la Junta de Sevilla, acaso resulte plausible que haya sido recogido por alguien que quiso traerlo a América.

Comencemos por las señas de identidad. La proclama ostenta dos títulos o encabezados, lleva firma y fecha, y una última leyenda o modo de pie de imprenta que declara su naturaleza editorial: "Reimpresa en la Puebla, año de 1808". Ello indica que fue tomada de un original que, como veremos después, acaso haya llegado de España, tal vez remitido aquí por el destinatario. En cuanto a los dos encabezados, cabe suponer que uno pertenezca a la versión mexicana. El primero, "Proclama de los moros de Tetuán", parece ser del reimpresor poblano, anónimo; ya que el segundo, "Animo para el Cristiano y hacerle ver que todo lo sabemos", observa fielmente la morfosintaxis y el léxico del resto del mensaje, escrito en un español muy peculiar aun para el siglo XIX. Parece que la variante corresponde a la forma en que hablaban el castellano (y aún hoy lo hablan así) los marroquíes descendientes de los musulmanes expulsados de España por Felipe III.⁹ Seguramente el reimpresor consideró conveniente advertir al receptor sobre la procedencia extranjera del mensaje, preparándolo para leer algo inusual, por no decir exótico.

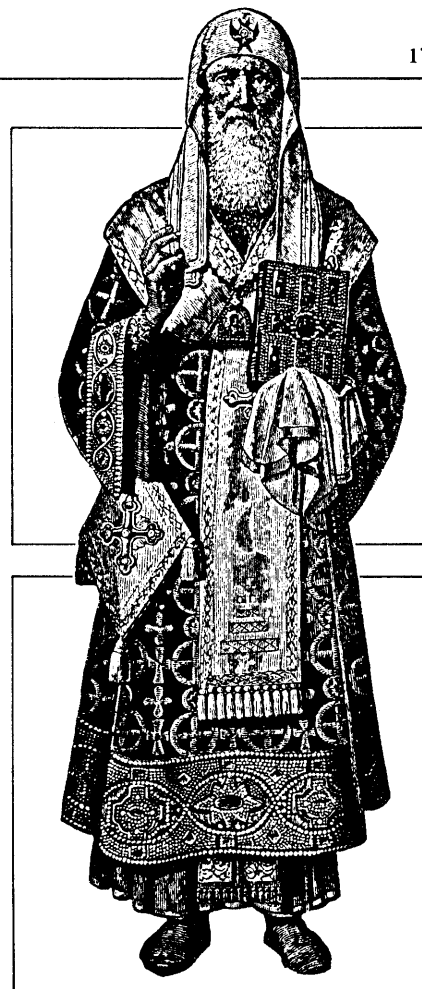
La firma de Alí Mahúmet remite inmediatamente al lector moderno a Mehmet Alí, el gobernante egipcio tan renombrado a últimas fechas. Si se objetara que los nombres de Alí y de Mahúmet, Mahmud, Muhammad, Mahomed o Mahomet son comunes entre los mahometanos y que cualquier seguidor de Alá pudiera llevar tal nombre, argumentaremos que Mahoma, Muhamed, Mehemed o Mehmet Alí —así se le consigna ahora indistintamente, ¿por qué no Alí Mahúmet

para un poblano?— es contemporáneo de la proclama y que, como esperamos mostrar más adelante, bien pudo emitir semejante mensaje, dadas las circunstancias de 1808 en el mundo árabe, en el español y en el novohispano.

Con los datos anteriores, se puede reconocer ya el contexto histórico de la proclama. El encabezado original declara el propósito de infundirle ánimo al cristiano y de informarle en actitud tranquilizadora, propia de aliados, de que los moros "todo lo sabemos". Es un acto de solidaridad, una demostración de comprensión ante las circunstancias adversas que enfrenta el cristiano. ¿Qué circunstancias eran esas?

En 1808 la situación de España era ciertamente desafortunada. Apenas disfrutaba el pueblo de la caída de Godoy, el favorito de Carlos IV, y del triunfo de su querido Fernando VII (marzo, motín de Aranjuez), cuando se vio obligado a hacer frente (el 2 de mayo, en Madrid) a la encubierta invasión francesa (iniciada desde enero y febrero) y a defender en vano a sus monarcas, que finalmente cedieron la soberanía a Napoleón (el 8 y el 20 de mayo en Bayona, respectivamente).

De manera simultánea surge la resistencia. Sevilla fue la primera ciudad que se alzó en armas (el 26 de mayo, la revuelta del conde de Tilly) y organizó la Junta de Defensa ("Oh Noble Junta de Sevilla", dice la proclama), que se dispuso rápidamente a pactar el apoyo del gobernador inglés de Gibraltar. Desde Andalucía, pues, España se le-



vanta región por región mediante las Juntas que fundamentaban su existencia en la renuncia inválida de Fernando VII "El deseado" (creían que había sido forzado a presentarla) y en la tesis liberal emanada de la Ilustración —y materializada en la Revolución Francesa—, de que correspondía a la sociedad, al pueblo, asumir la soberanía.¹⁰ Asturias, Galicia, Cataluña y Castilla constituyeron Juntas para atender tres necesidades: organizar la resistencia, articular las regiones en una Junta Central (en los primeros meses, cada Junta se designaba a sí misma soberana de las demás regiones; cuando Napoleón expulsa a fines de año a la Junta Central de Castilla, ésta elige irse a Sevilla, con lo que ratifica la preeminencia de esa zona como tierra de la resistencia; las Cortes de Cádiz así lo confirman) y solicitar el apoyo de la potencia mundial adversaria de Napoleón: Inglaterra.

Por su parte, el pueblo de Tetuán (los "Moros" de la proclama) mante-

nía una cercanía con Andalucía que no era únicamente geográfica. Si bien es cierto que religiosa y políticamente había diferencias entre marroquíes y españolas,¹¹ en los años de la proclama esas diferencias no eran tan aguzadas. Desde 1767, gracias a la acertada política mediterránea y norafricana de Carlos III "El Ilustrado", España tenía un convenio con Marruecos, que prometía seguridad a los navíos españoles y otorgaba privilegios de pesca y el establecimiento de un consulado español permanente en suelo marroquí. Hacía algún tiempo que judíos y cristianos andaban libremente por Marruecos, y era proverbial la circulación irrestricta de mercancías entre la capital y el extranjero.

Si bien es cierto que Muley Sliman (1794-1822), califa en 1808, mostró tendencias aislacionistas y expulsó a los judíos, no parece improbable que durante su califato los habitantes de la capital se mostraran solidarios hacia la población vecina. Más aún, el tono de la proclama es el de una exhortación a unir fuerzas ante un adversario formidable. Por lo demás, Napoleón también codiciaba el califato marroquí.

Aunque la proclama se titula "De los moros de Tetuán", quien firma el mensaje es Alí Mahúmet, a quien hemos identificado con la figura histórica de Mehmet Alí, contemporáneo, mas no paisano, de los moros de la proclama. Cabe la posibilidad de que los autores o el autor del documento asumieran la personalidad del fiero líder del islamismo para conferir autoridad

moral y valor político al mensaje. En un artificio ingenioso, el nombre quedó invertido, pero la connotación —el elemento significativo que prevalece, según este tipo de análisis— permaneció intacta.

Mehmet Alí (1769-1849), albanés de nacimiento, ya era en 1808 antiguo adversario de Napoleón, aunque también íntimo admirador. Cuando el corzo llegó a Egipto en 1798, Alí acudió al llamado del gobierno de Macedonia y, por su arrojo en el combate contra los franceses, fue ascendido a comandante del ejército, con lo cual conquistó una posición independiente al retirarse los invasores en 1801. Que era dueño de un espíritu guerrero pronto a la lucha lo prueba su carrera personal. En 1804 desaloja de El Cairo al mameluco Osmán Bardissi; en 1805 depone al bajá Jurshid, y en 1806 la Sublime Puerta lo nombra gobernador. En lo sucesivo se convertiría en el reconstructor del imperio turco, azote árabe para las potencias europeas que en 1839 optaron por pactar con él (Tratado de Londres), garantizando la integridad del imperio y concediendo a Alí el bajalato de Egipto a título hereditario, a cambio de que desocupara Siria, bajo férula suya desde 1831. Aunque su renombre en círculos europeos lo debe a la llamada "Cuestión de Oriente", que data de más de dos décadas después de la proclama, nada impide suponer que en 1808, cuando ya había dado muestras del interés en liderar el mundo árabe, enviara un mensaje a los cris-

tianos de España, solidarizándose con ellos e instándolos a la lucha contra Napoleón, a quien conocía de cerca y con quien habría de enfrentarse luego.

Sobre todo, con seguridad era del interés de Alí interceder en favor de los ingleses, aliados tradicionales del mundo árabe en las luchas contra los franceses. ¿Por qué, si no, habrían "los moros de Tetuán" de exhortar a los cristianos a defender a su "primo" español? En todo caso, aunque la proclama no saliera de las manos de Alí, y la firma fuera un artificio, es un hecho que lleva la representación —autorizada o no— del virrey de Egipto. La asociación Tetuán-Sevilla-Napoleón puede, por extensión, incluir a Egipto. El emperador de los franceses se interesaba en el norte de África por igual.¹²

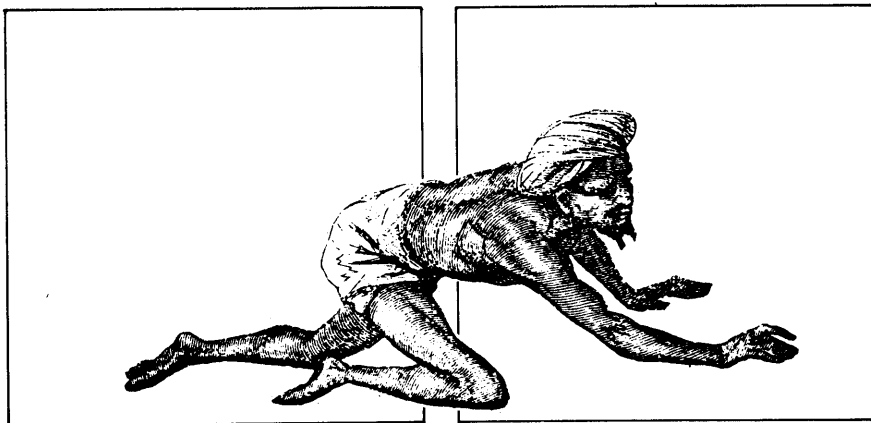
Tales pueden haber sido las condiciones de emisión del mensaje. Veamos ahora la estructura del discurso comparándolo con el contexto histórico al que alude cada parte:



PROCLAMA DE LOS MOROS DE TETUÁN

I. Desgraciado Christiano: Alá estar probando por diferentes modos: primero os dio un tirano gobierno ambicioso por dinero, que éste haberle quitado a mi primo Carlos su tesoro, y a vosotros vuestra sangre.

Alude al "despotismo ministerial" ejercido por Godoy, el valido de Carlos IV, "mi primo Carlos". La ambición de Godoy, "Príncipe de la Paz", lo llevó a apropiarse de tesoros y pertenencias de la Corona española en detrimento de Fernando, príncipe de Asturias. Ante la inminencia de la invasión francesa, Godoy propone a la familia real que abandone la capital, por lo que el pueblo se amotina en Aranjuez. Tal vez a esto se refieran el "tesoro" y la "sangre" mencionadas.



II. Este cayó, e hicistéis muy mal en no haberle hecho *zarra zarra* (quiere decir *cortar cabeza*); pero no lo hicistéis porque estabais dormidos.

Alude al motín de Aranjuez por el cual el pueblo madrileño en reacción derriba a Godoy y al inepto Carlos IV. Godoy se pone a salvo mientras los fernandinos celebran la victoria de Fernando VII.

III. Después entrastéis con otro tirano que estar ambicioso por Reynos, y éste quitar a mi primo Carlos el suyo, y á toda su gente, por querer quedarse con él.

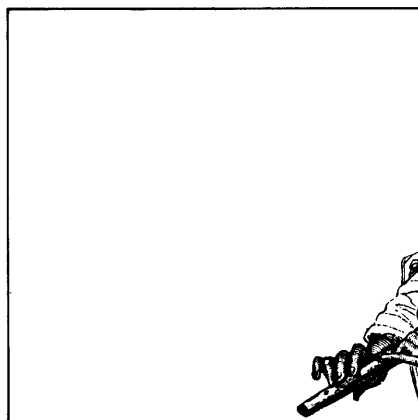
Alude al espíritu imperialista de Napoleón, a la cesión de los derechos borbónicos en favor de Napoleón que Carlos IV firmó en Bayona el 8 de mayo, y a la cual se adhirieron el príncipe de Asturias y los infantes el 20 de mayo.

IV. Y venir a quitarme el mío, después de tenerlos mucho tiempo allá. Despertar christianos.

Se refiere a la amenaza de Napoleón de atacar al imperio turco luego de haber estado en Egipto de 1798 a 1801.

V. ¡Ah Perros Franceses que les disteis el opio a los christianos para coger las cabezas principales y entrar con descuido! ¿Por qué no entrasteis con alfange en mano?, que entonces ver como los christianos hacer *zarra zarra*.

Alude al tratado de Fontainebleu (27 de octubre de 1807) por el cual Godoy y Napoleón convinieron en repartirse Portugal. Fuerzas francesas penetraron por la península para colaborar con otras españolas en la ocupación de Portugal por tierra, ya que los ingleses cubrían la costa portuguesa. Pero el "proyecto portugués" de Napoleón se convirtió rápidamente en el "proyecto península". Aun después de Aranjuez, el ejército francés seguía siendo oficialmente aliado del español. Tanto el partido de Carlos como el de Fernando VII trataron entonces de conseguir el apoyo de Napoleón.



VI. Christianos aun habeis despertado en tiempo, quitar tanto traidor como teneis entre vosotros; que Sevilla estás leal, forte y dura en hacer justicia.

La reacción antifrancesa no fue unánime; el "traidor" aludido debe incluir a los "afrancesados", los que sí aceptaron lo sucedido en Bayona y que se prepararon para reorganizar el país según lo pactado con Napoleón. La mención de Sevilla la convierte en la destinataria directa del mensaje. Implica, además, un reconocimiento amplio como núcleo de la resistencia.

VII. Christianos: a esos perros y defenderle el Reyno al hijo de mi primo que esa perra nación estar aborrecida de todas las demás.

Esta exhortación a la lucha revela también una idea que animó a las Juntas, la de asumir la soberanía para resguardar la corona a Fernando VII. También es cierto que en 1808 Europa entera veía con inquietud creciente los movimientos napoleónicos.

VIII. Animo, fortes Christianos: á ellos: Alá el grande os ayuda y yo querer que defendais el Reyno a mi primo, y el inglés también: hacer que éste lo vean todas las naciones, para que conocer quién es el perro francés y se levanten contra él.

Aquí parece descubrirse la verdadera intención de la proclama: favorecer una alianza levantina-inglesa contra los franceses. Ciertamente, no hay du-



da de que este mensaje debía divulgarse, ni de su valor como "fuente narrativa".

IX. No dormir más, Christiano Noble Junta de Sevilla, justicia seca y dura con todo traidor con el hijo de mi primo, que Alá te lo pagará.

Aquí se manifiesta un amplio apoyo a la Junta de Sevilla como defensora de la soberanía, tal es la filiación política de los autores del mensaje. Lo incendiario de la exhortación está muy de acuerdo con el carácter guerrero de Mehmet Alí. La proclama observa en todo el espíritu de las Juntas de Defensa, incluido el apoyo a Fernando VII.

Precisamente la insistencia de la proclama en mantener la adhesión a Fernando VII y en mostrar a la Junta de Sevilla como la defensora de la soberanía, parece proporcionar la clave sobre la presencia del mensaje de Te-



tuán en Puebla. Hasta donde hemos podido averiguar, es poco probable que un moro de Puebla haya querido divulgarla, puesto que no hay rastros de que hubiera moros en Nueva España. En cambio, sí hay pruebas documentales, y *de facto*, de las adhesiones a Fernando VII en desgracia y del deseo explícito de que la Junta de Sevilla fuera reconocida como "Suprema Depositaria de la Soberanía Española", con lo que intentaba también ser soberana en las colonias españolas... contra los deseos de los criollos.

El 16 de julio de 1808, un mes y seis días después de la fecha de la proclama, la Gaceta de México informó a los habitantes de la Nueva España de las infaustas renunciás de Bayona. A cuatro días de publicada la noticia, el Ayuntamiento de la capital en cabildo, acordó aquella famosa Acta¹³ que constituyó, al mismo tiempo, el germen y la evidencia de la emancipación de la Colonia influida por el concepto convertido en derecho por la Revolución Francesa: la idea de la soberanía de la nación, en oposición al derecho divino de los reyes.

La reacción opuesta a la libertad de la Colonia no se hizo esperar. En teoría, las tesis de los ilustrados franceses sonaban bien, siempre y cuando en la práctica no afectaran intereses particulares: no se trataba de repetir los extremismos de la Revolución Francesa. Como es bien sabido, el intento de los criollos fue aplazado ante la arremetida de los europeos en el Real Acuerdo y la indecisión del virrey. Los sucesos de 1808

desembocaron en la caída de Iturrigaray el 15 de septiembre, y en el establecimiento de Garibay, virrey favorable a los españoles de América. Con ello, se postergaban por dos años los gritos de independencia y las luchas armadas que acarrearían consigo la violenta destrucción del mundo colonial.

Sin embargo, en los meses de julio a septiembre, Nueva España se vio inmersa en una febril actividad ante las noticias de la metrópoli. No sólo había que lamentar el encierro de Fernando VII y que asombrarse ante el proceder de los criollos, sino que el 26 de julio, un mes y medio después de la fecha de la proclama, llegó a Veracruz la goleta *Esperanza*, con las noticias del levantamiento general en España, y de la creación de las Juntas de Sevilla y Valencia, amparadas con toda clase de proclamas y bandos en favor de su respectiva legitimidad.

La *Esperanza* había salido de Tarracona el 7 de junio, y de Ceuta, Marruecos, el 15 del mismo mes;¹⁴ es decir, cinco días después de que Alí Mehmet firmara la proclama en favor de Fernando VII y de la Junta de Sevilla. Acaso sean estas las condiciones de recepción de la proclama en Puebla: tal vez, luego de que un grupo de aliados marroquíes (Tetuán era marroquí, pero Ceuta estaba en posesión de España) la envió para apoyar la causa de la Junta de Sevilla, ésta la remitió a Nueva España junto con otros argumentos a su favor, como uno más de los reconocimientos de su carácter supremo.

Para la Nueva España, 1808 fue un año de agitación popular y de efervescencia en la comunicación social. El tumulto de la embarcación *Vaillante*¹⁵ puso de manifiesto la confusión y la disparidad en los sentimientos de los habitantes de la Colonia, al mismo tiempo que dejó claro el poder destructivo que tiene la multitud enardecida, madura socialmente, pronta a manifestarse por la acción.

El 20 de agosto, el virrey Iturrigaray había escrito a la Junta de Sevilla que no sería reconocida en calidad de "suprema". Una semana más tarde, el mismo virrey prohibía toda suerte de pasquines subversivos, prohibición reforzada por el edicto de la Inquisición contra la lectura de "papeles que hablen de la soberanía del pueblo". Los gobernadores como el conde De la Cadena, de Puebla, o los ayuntamientos como el de Xalapa, informaban alarmados al virrey sobre la profunda inquietud que agitaba a las provincias. Ante la creciente confusión, el virrey lanzó una proclama invitando a la Colonia a permanecer unida, a "estrechar la unión sagrada e íntima, cuya falta había causado la verdadera servidumbre en los países más poderosos del Oriente".¹⁶

A juzgar por la reglamentación que prohibía la producción de panfletos y folletos en pro de cualquiera de las causas, los gobernantes de la Colonia percibieron claramente el debilitamiento de su poder y de la estructura social. Para la población, el recurso

panfletario, además de ser de vía de escape ante la lejanía y la imposibilidad de participar directamente en las tribulaciones de la Corona, significó la apertura de una expresividad antes reprimida. Tal expresividad se inserta en aquella ruta independista de la que hablábamos antes, en "el camino de las argucias legales". Fue rápidamente reprimida, pero su fuerza era tal que alcanzó a dejar muchas constancias, como esta de la proclama que ahora publicamos.

La agitación social en la Colonia continuó, incluso después de la caída de Iturrigaray. La expresividad popular era incontenible dado que el 6 de octubre, Pedro Garibay, el sucesor, vio la necesidad de publicar un decreto contra "pasquines y libelos" que aludieran a los acontecimientos recientes.¹¹ Sin embargo, la mordaza duró poco, apenas año y medio después se iniciaban las acciones del irreversible proceso de liberación. Esas acciones, ni duda cabe, estuvieron apuntaladas en la expresividad del pueblo novohispano ante los acontecimientos de 1808. La reimpresión, por parte de un poblano, de la proclama marroquí forma parte de esa expresividad.

En todo caso, como el lector podrá verificar, la "Proclama de los Moros" es un documento valioso, tanto por lo inusitado del estilo como por lo entrañable del mensaje, características poco comunes en el estudio de nuestro pasado histórico. En tanto que comunicación escrita entre seres humanos, otro valor que salta a la vista concierne a la reunión, en forma condensada, intensa, de tantos elementos significativos en el transcurso de la vida humana. Al leerlo por primera vez tenemos la sensación de estarnos asomando por una ventana de la historia, por la cual, advertimos a las figuras históricas, de por sí tan lejanas como si estuvieran sentadas a nuestro alrededor, muy cerca, y nos contarán lo que saben. Dígalos si no mi lector.

NOTAS

¹ Luis González Obregón, *Fuentes de la historia contemporánea de México*. Colegio de México, México, 1971, vol. I, p. xxix.

² Marc Bloch, *Introducción a la Historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979, p. 23.

³ El volumen de marras está catalogado como sigue: FR F 1203 B5 V.4, en la Biblioteca de Antropología e Historia de la ciudad de México.

⁴ Este trabajo forma parte de una investigación más amplia que incluirá la edición comentada de estos documentos. Este documento poblano fue presentado por primera vez en el seminario "El impacto de la Revolución Francesa en la vida de México", que tuvo lugar en el auditorio Mario de la Cueva de la Torre II de Humanidades, en Ciudad Universitaria, organizado por la Dirección de Intercambio Académico de la Universidad Nacional Autónoma de México, en julio de 1988. Una versión condensada del presente estudio, y adaptada al auditorio, se presentó en mayo de 1990 en el coloquio internacional "L'Europe des Lumières et 1798 en Amérique Latine", organizado por el Institut Euro-latinoaméricain de Culture et de Coopération, en Valbonne, Francia. Agradezco los valiosos comentarios y sugerencias de la doctora Pilar Gonzalbo, de El Colegio de México, para el presente estudio.

⁵ Luis González Obregón, *op. cit.*, s. xxiv. Los otros dos caminos incluyen al de las armas de 1810 y al de la evidencia de madurez cultural e intelectual argumentado por Beristáin y Souza en su celebre *Biblioteca*.

⁶ Publiqué este documento, con el estudio respectivo, en "Antecedente feminista en 1808: Proclama de una habanera", *Revista A*, núm. 27, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México, mayo-septiembre de 1989.

⁷ José María Muriá, "Folletería mexicana del siglo XIX", en *Secuencia, Revista de Ciencias Sociales*, núm. 6, Instituto de Investigaciones Históricas Dr. José María Luis Mora, México, septiembre-diciembre de 1980, p. 5.

⁸ Se llama "moros" probablemente a los originarios de Mauritania. Por extensión, así se designa a los mestizos, descendientes de musulmanes españoles, que habitan en las ciudades. Los oriundos de Tetuán deben llamarse "marroquíes". El uso de la palabra "moros" refuerza la connotación de musulmanes españoles.

⁹ Los rasgos morfosintácticos y léxicos de la variante española empleada en el documento confirman el origen árabe del discurso. En opinión del profesor Humberto Martínez, conocido arabista, son inconfundibles el infinitivo y el uso reiterado de *zarra*. Me dice la doctora Gonzalbo que: "Es exactamente la forma en que hablaban el castellano (y aún hoy lo hablan) muchos

marroquíes descendientes de los musulmanes expulsados de España por Felipe III. Estos son propiamente moros, porque los restantes habitantes de Marruecos usan sus propios nombres (los berberiscos son mayoría)".

¹⁰ Una breve digresión motivada por la discusión de si el concepto de soberanía emanada del pueblo surge de la Revolución Francesa, o de la "más vieja tradición tomista", apuntalada por Suárez en el mundo hispánico. A juzgar por los hechos, el postulado francés tuvo un efecto directo entre los pueblos de Occidente, en los años de la Ilustración, y en las guerras de independencia de las colonias americanas. La tesis de Suárez (escrita en latín y al parecer sin traducción hasta la fecha), fue ampliamente discutida en el terreno de las ideas, pero nunca se materializó, no adquirió la presencia concreta que se necesitó para romper con el "derecho divino de los reyes" y dar paso al liberalismo.

¹¹ Por muchos años hubo cierta rivalidad entre Marruecos y España. Además de las luchas entre musulmanes y cristianos, existía la barrera de cierto sentimiento de superioridad. Los musulmanes españoles siempre se consideraron de categoría distinta a la de los africanos. El califato de Córdoba, y los reinos de taifas de Sevilla y Granada, sufrieron intermitente las invasiones de los berberiscos fanatizados desde el siglo X en adelante. Los cristianos mantuvieron su dominio sobre el Estrecho de Gibraltar, pero en diferentes momentos conquistaron y perdieron varias plazas en Marruecos. Sin embargo, la tradicional enemistad política y religiosa debió atemperarse por el intercambio continuo entre ambos pueblos y por la reconocida tolerancia en la vida de esos moros y esos cristianos. En todo caso, la amenaza napoleónica bien pudo haber derribado, aunque fuera temporalmente, el resentimiento, en aras de unirse ante el enemigo común. Acerca de los convenios y el libre tránsito, cf. Antonio Ubierto, *et. al.*, "La política mediterránea", en *Introducción a la Historia de España*, edit. Taide, S.A., Barcelona, 1975, pp. 404 y ss.

¹² Parece un poco extraño que el virrey de Egipto haya mandado imprimir una proclama en Tetuán, que se haya interesado en los asuntos internos de España con tanta celeridad y que haya enviado el texto apenas 20 días después de las abdicaciones y a un mes de los alzamientos. Al respecto, cabrían innumerables conjeturas. Se me ha señalado la posible intervención, "dado el reiterado uso del advocativo *primo*", del califa Suleyman, que había logrado mantener la paz con España y había firmado tratados de convivencia pacífica. Sin embargo, esa conjetura rebasa el presente análisis de discurso y es, seguramente, motivo de otro estudio.

¹³ Publicada por Liliana Briseño *et. al.*, en *La Independencia de México, textos de su historia*, Instituto Mora, México, 1985, tomo I, p. 43.

¹⁴ Esto lo documenta ampliamente J. E. Hernán-

dez y Dávalos en la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México*, de 1808 a 1812, José Ma. Sandoval (Imp.), México, 1877, vol. I, doc. 251.

¹⁵ Cf. Felipe Castro Gutiérrez, "El legitimismo popular frente a la Revolución Francesa: el tu-

multo de la 'Vaillant' ", Veracruz, 1808, en *Revista A*, núm. 27, pp. 23 y ss. Entre otras cosas que enardecieron a la multitud, estuvo la sospecha de que dicha embarcación venía a conseguir apoyo para la empresa de Napoleón y traía bandos y proclamas al respecto. Cf. Gena-

ro García, *El plan de Independencia de la Nueva España en 1808*, Imprenta del Museo Nacional, México, 1903, p. 25.

¹⁶ Genaro García, *op. cit.*, p. 29.

¹⁷ J. E. Hernández y Dávalos, *op. cit.* Cf. docs. núms. 211, 213, 219, 220, 251, 255 y 262.



PROCLAMA DE LOS MOROS DE TETUAN.

*Animo, para el Christiano, y
hacerle vér que todo lo sabe-
mos.*

DEsraciado Christiano: Alá estar probando por diferentes modos: primero os dió un tirano gobierno, ambicioso por dineros, que éste haberle quitado á mi primo Carlos su tesoro, y á vosotros vuestra sangre: éste cayó, é hicisteis muy mal en no haberle hecho *zarra, zarra*. (quiere decir *cutar cabeza*); pero no lo hicisteis porque estabais dormidos. Despues entrasteis con otro tirano, que estar ambicioso por Reynos, y éste quitar á mi primo Carlos el suyo, y á toda su gente, por querer quedarse con él, y venir á quitarme el mio, despues de tenerlos mucho tiempo allá. Despertar Christianos. ¡Ah perros Franceses que les disteis el ópio á los Christianos, para coger las cabezas princi-

pales y entrar con descuido! ¿Por qué no entrasteis con alfange en mano? que entónces ver como los Christianos hacer *zarra zarra*. Christianos: aún habeis despertado en tiempo: quitar tanto traidor como teneis entre vosotros; que Sevilla estás leal, forte, y dura en hacer justicia. Christianos: á esos perros, y defenderle el Reyno al hijo de mi primo, que esa perra nacion estar aborrecida de todas las demás. Animo, fortes Christianos: á ellos: Alá el grande os ayuda, y yo querer que defendais el Reyno á mi Primo, y el Inglés tambien: hacer que éste lo vean todas naciones, para que conocer quien es el perro Francés, y se levanten contra él. No dormir mas, Christiano Noble Junta de Sevilla; justicia seca y dura con todo traidor con el hijo de mi primo, que Alá te lo pagará. Tetuan 10 de Junio de 808. — *Alí Mahámet.*

Reimpresa en la Puebla, año de 1808.